

una serie de condiciones delimitadoras, que enmarcan la discusión y el diálogo jurídicos: la sujeción a la ley, a los precedentes, a la dogmática y a las reglas procesales. Estas condiciones son necesarias por la amplitud de lo posible discursivamente y por la necesidad de decidir las cuestiones prácticas en tiempo limitado. Pero, junto a estas condiciones, el discurso jurídico es ‘especial’ –y esto es lo que se pone de relieve en

los artículos recogidos en el presente libro– porque tiene que ver con un sector de la moral cuyo objeto es la correcta distribución y compensación, esto es, la justicia. De ahí que el título escogido por el editor exprese de forma elocuente y acertada la idea rectora de los cuatro artículos.

Luis M. Cruz
Universidade da Coruña

¿SECULARIZACIÓN DE LA POLÍTICA?

MICHAEL BURLEIGH: *Poder Terrenal. Religión y política en Europa. De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*, (Traducción de José Manuel Álvarez Flórez), Madrid, Taurus, 2005, 624 pp.

Poder Terrenal es el fruto de la curiosidad. Es, si se quiere, la respuesta medida y estudiada a las preguntas que inquietaron al historiador británico Michael Burleigh a medida que fue fijando sobre el papel las líneas maestras de su gran obra sobre la Alemania nazi, *El tercer Reich* (Taurus, 2002). En este trabajo, agraciado con el prestigioso premio de ensayo Samuel Johnson 2001, Michael Burleigh narra con maestría cómo el nacionalsocialismo se convirtió en la tabla de salvación de una nación sumida en la depresión moral y económica que acompañó al término de la Primera Guerra Mundial. El nazismo, para Burleigh, descolló, al igual que el fascismo y el bolchevismo, por su capacidad para ocupar el papel de generador de sentido que no mucho tiempo ha había monopolizado la religión en occidente. Dicho de otra manera, el nacionalsocialismo se hizo

necesario gracias a su versatilidad para erigirse en algo más que en ideología política. Se hizo necesario merced a su capacidad para convertirse en una verdadera “religión política”, o lo que para Burleigh resulta lo mismo, en marco de referencia inevitable en función de cuyos principios debe orientarse la vida. Sin embargo, la convicción de que la política se sacralizó hasta cotas inusitadas a principios del siglo XX ponía en jaque la idea clásica de “secularización” en virtud de la cual la religión y la política, es decir, la Iglesia y el Estado, habían ido separándose poco a poco desde los tiempos de la Reforma. Y si no la sometía a duda totalmente, cuando menos exigía una revisión parcial de sus fundamentos. He aquí el ramillete de preguntas sobre la que Burleigh edificó *Poder terrenal*, ¿puede constatarse una verdadera separación entre la religión y la política en la cultura occidental?, ¿Cuál es, entonces, la tradición política de la que beben los totalitarismos de principios del siglo XX?

Tal y como se sigue de la lectura del ensayo de Burleigh, los casi 130 años que distan desde la Revolución Francesa

a la Primera Guerra Mundial (1789-1918) son el escenario de el espectacular florecimiento en Europa de ideologías de marcado carácter laicista. Los libros que tratan la historia política y cultural del jacobinismo, el nacionalismo, el socialismo o el mismo liberalismo dan fe de la particular cruzada que mantuvieron contra la Iglesia y la religión. Pero, paradójicamente, todas estas ideologías también deben buena parte de su éxito al conjunto de representaciones, rituales y símbolos de origen religioso que habían hecho suyos para hacerse parte del dominio público. El caso más paradigmático fue la Revolución Francesa. Por una parte, la Asamblea Constituyente hacía gala de un laicismo belicoso cuya máxima expresión fue de la famosa “constitución civil del clero” que intentaba poner al clero al servicio del Estado. Por el contrario, al mismo tiempo la Revolución exacerbaba su fachada religiosa mudando bíblias por constituciones, creando su propio catálogo de mártires, erigiendo altares a sus héroes, redactando calendarios que rebautizaban los meses y revisitando las antiguas fiestas cristianas de ropaje revolucionario. Quizás uno de los testimonios más fiables de esta hibridación de imaginarios eran los bien llamados “catecismos políticos”. Textos que se basaban en formas religiosas para educar a los más jóvenes en las nuevas maneras políticas:

“Pregunta: *¿Qué es Bautismo?*

Respuesta: La regeneración del francés iniciada el 14 de julio de 1789 y apoyada por toda la nación francesa.

Pregunta: *¿Qué es comunión?*

Respuesta: La asociación propuesta a todos los pueblos por la República Francesa, con el fin de formar en la Tierra una sola familia de hermanos que no acepten ni rindan culto a ningún ídolo o tirano” (p. 105)

No muchos años después, el socialismo produjo una filosofía de la historia que reproducía el modelo escatológico judeocristiano mediante un corpus conceptual inflado de reminiscencias cristianas. Por ejemplo, resulta relativamente sencillo identificar algunos términos clave del marxismo con los de la tradición judeocristiana: conciencia (alma cristiana), camaradas (fieles), capitalista (pecador), proletariado (pueblo elegido), sociedad sin clases (paraíso) (p.292). Marx, vástago de una distinguida familia rabínica cuyo padre se había convertido al protestantismo para poder ejercer la abogacía, trabajó a destajo para desterrar el marchamo teológico e idealista de su pasado como “joven hegeliano” y convertir su filosofía política en una teoría científica. Sin embargo, pese a sus pretensiones científicas el marxismo seguía confiando en que todo operaba de acuerdo con el dictado de poderes superiores y que la redención de la humanidad aguardaba a aquél que comprendiera el sentido de esas leyes. Para Burleigh, “los comunistas, como los milenaristas medievales o los fanáticos protestantes asumieron la tarea de realizar el cielo en la tierra” (p.293)

Durante buena parte del siglo XIX también el nacionalismo adoptó sin aparente esfuerzo algunos de los lugares clásicos del imaginario cristiano. Sobre todo aquellos que atañen al concepto de pueblo elegido por la divinidad. Identificación, dicho sea de paso, que convertía con cierta lógica al patriotismo en la verdadera fe y a sus líderes, aquellos que se habían arrogado la misión de redimir a su nación, en trasunto del apostolado cristiano. Buena muestra de este singular ayuntamiento entre religión y nacionalismo eran los programas políticos que Mazzini redactaba para la “Joven Italia” –nombre, dicho sea de paso, que ya constituía toda

un declaración de principios. En ellos, la defensa del republicanismo se presentaba bien aderezada con una visión moral regeneradora que, a la postre, se convertiría en patrimonio común de los movimientos de liberación nacional. Entre cantos de abnegación y sacrificio por la patria, Mazzini mantenía que "...la Joven Italia no debe ser ni una secta ni un partido, sino una fe y un apostolado. Como los precursores de la regeneración italiana, tenemos el deber de poner la primera piedra de su religión" (p.222)

Todos estos ejemplos, a los que Burleigh añade bastantes más, invitan a reflexionar sobre cuestiones de no poco calado para la filosofía política. Es cierto que la secularización, termino que debe su origen al tecnicismo jurídico utilizado

para bautizar las expropiaciones de bienes eclesiásticos de la Reforma, supone la desacralización de la sociedad y, por tanto, la pérdida del poder legitimador del que antes gozaba la Iglesia frente al Estado. Sin embargo, el ensayo de Burleigh pone en entredicho que la secularización de la sociedad haya ido de la mano de la secularización en la política. Muy al contrario, la historia ha demostrado que a mayor laicización de la sociedad, mayor sacralización de la política. Un hecho, en última instancia, que invita a preguntarse por el verdadero papel que la religión - ora en manos de la Iglesia, ora en manos de los políticos- juega en la organización de la sociedad.

Jorge del Palacio Martín
Universidad Autónoma de Madrid

UNA FILOSOFÍA PARA PROMOVER LA DEFENSA DE LA NATURALEZA

THOMAS HEYD (ed.): *Recognizing the Autonomy of Nature. Theory and Practice*, New York, Columbia University Press, 2005, 230 pp.

Las estimaciones de los expertos sobre el cambio climático se suceden unas a otras en el sentido de un mayor aumento de las temperaturas en un menor lapso temporal y de una mayor gravedad de las consecuencias potencialmente catastróficas de dicho aumento. Así, afrontamos un escenario de crisis ambiental global, que ya no puede atribuirse a exageraciones ecologistas sin por ello levantar fundadas sospechas hacia quienes quieren poner en duda la gravedad de la situación. Si el cambio climático es su expresión más sombría, no

dejan de causar alarma otros muchos problemas en la intersección entre la agencia humana y el comportamiento de los sistemas naturales: escasez de agua, desertización, hambrunas, aumento demográfico, deterioro de los entornos humanos, aglomeración en megalópolis, desastres naturales provocados o agravados por la acción de los seres humanos, envenenamiento por combinación de sustancias químicas, alteración de los alimentos, flujos migratorios masivos, crisis energética por el declive de los combustibles fósiles, pérdida de biodiversidad, extensión de pandemias, conflictos bélicos por los recursos naturales, accidentes tecnológicos con graves efectos contaminantes en el medio ambiente, y un sinfín más.